

Lineo (1), etc. Cómpranse en África por ochenta reales ochocientas libras de mijo ú alcuzcuz, suficiente alimento anual para un esclavo, puesto que no cata otra cosa: puédesse pues con ocho mil reales al año mantener cien esclavos, prueba innegable del cómodo abasto que ofrecen los países ardorosos. Fuera de esto, produce la tierra multitud de frutos y raíces, y brinda con toda suerte de caza: no es pues extraño que aparezcan las rejiones meridionales mas pobladas que las del norte, donde todo se presenta yerto y estéril (2). Como sean necesarios en las zonas frias muchos y sólidos alimentos, deben tambien en consecuencia ser mucho mas caros.

El réjimen animal enardece y vigoriza el cuerpo, por donde sufren sin quejarse los pueblos del norte un frio intolerable para los otros habitantes de la tierra. Véseles apasionados por la grasa, el sebo y el aceite de pescado. Colocados á la par con los Americanos de los Estados-Unidos, nada encuentran los salvajes mas sabroso y delicado que las velas de sebo, dijiriendo con indecible facilidad unas sustancias que costarian al meridional la vida. Adolece este de estómago lácio, y así se ve en la precision de entonarlo con pimientos, canela, jenjibre y nuez moscada, específicos aromáticos con que brinda la naturaleza á los habitantes de los países ardorosos, como si al parecer previese ya sus necesidades. Un Samoiedo, ó un Ostiaco, que engulle el rancio y hediondo aceite del oso marino, que se

(1) *Eleusina*, Willd.

(2) Verdun de la Crenne, *Voyag.*, tomo 1, páj. 148.

zampa á gordas tajadas la correosa y maciza carne de marsopa, y bebe la sangre, humeante todavía, de las focas, dijiere con facilidad estos alimentos, mientras el bracmin indiano puede apenas con los melíficos y sabrosos frutos, ó algun manjar lijero y aromático compuesto de arroz. Por lo que tañe pues á los alimentos, es necesario considerar el jénero humano como dividido en tres distintas zonas. Frujívoro es el habitante de los trópicos, carnívoro (1) el de los polos, y combinado el réjimen de vida de los pueblos intermedios, declinando hácia uno ú otro lado, segun deja sentirse el frio ú el calor, segun es mas rigurosa ó templada la estacion, y otras circunstancias semejantes.

En muchos pueblos de los países mas ardorosos, préfiérese muy manida la carne, y casi ya en un principio de corrupcion, como mas sabrosa y digestible en tal estado. Gústanles á los Siameses los huevos empollados; á los Japoneses y Chinos el jugo de pescado, de mariscos y de carnes casi corrompidas, á guisa del *garo* de los antiguos Romanos, precioso condimento compuesto de los intestinos de sardina deshechos en salmuera. Un Negro, un Cafre, un Abisinio, comen con gusto la carne

(1) Por resultado de muchos cálculos estadísticos hechos en Francia en 1812, dedúcese que en las ciudades consumen al año sus habitantes sesenta libras de carne por individuo, y solo veinte los campesinos. Asegúrase, al contrario, que cada Inglés consume doscientas veinte libras al año; su marina sin embargo consume sin comparacion mucha mayor cantidad que toda la agricultura francesa.

de serpiente ó de perro, casi ya corrompida y medio tostada al sol: desarróllanse al parecer los sabores con ese principio de corrupcion, segun es de notar en los quesos.

Ello es indudable que los alimentos groseros endurecen la piel y predisponen á enfermedades del cutis, al herpes y á la lepra, segun se ha observado en los pueblos cuyo alimento consistia en pesca salada y carne indijesta, lo que motivó á los legisladores de Oriente para vedar el cerdo y los peces pegajosos sin escamas que se encuentran en los sitios pantanosos, como las anguilas, la raya, etc. Nada tiene pues de estraño que, alimentándose de sustancias hediondas, adolezcan los Judíos polacos de la sarna, la roña y la plica. Al contrario, los lijeros alimentos, que pronto se cuecen, y fácilmente se traspiran, suavizan la piel, por manera que los ganados que pacen delicadas gramas y la esparcilla en nuestros prados, ofrecen mas hermoso pelaje que los que sobre estéril y casajoso suelo ramonean arbustos duros, espinosos y salobres. No por otro motivo, ronzando el cardo, muestra el asno pelo mas duro y erizado que el caballo paciendo blanda yerba.

En la Europa septentrional, usan sus moradores muchas bebidas por lo regular calientes (1), como

(1) En tiempo de sus despóticos emperadores, vendiase agua caliente en las termopolias de Roma, y eran estas unas casas públicas asemejadas á nuestros cafés, y donde se encontraban tambien bebidas heladas. El uso del agua caliente empalidece el rostro, por manera que dice Marcial (lib. vi, epigr. 86):

Et potet calidam qui mihi livet aquam.

la leche, el té, la cerveza, el aguamiel, todas humectantes y mucilajinosas, adecuadas para facilitar la prolongacion de sus flojos y blandos cuerpos, á la manera que medran con presteza las plantas bien rociadas. Gústales igualmente las pastas y papillas, los sosos lacticinios y mantecas, ofreciéndonos por esta causa cuerpos corpulentos, toscos y pesados: así lo acreditan los Holandeses, los Suizos y los moradores de Bérgamo, que se alimentan de *polenta* y macarrones, de papillas de mijo y alcandía, á la manera, de los Heiduques y Válacos, individuos todos de lozana corpulencia. Aliméntese por el contrario

Relajando en demasia el aparato visceral, ocasiona el agua caliente, como el abuso del té, una vejez anticipada; no de otra suerte nace la flojedad de la carne del continuo uso de los baños calientes. Mezclado con ella el vino, escitaba mas prontamente la borrachera; aparecian los termópotos con el rostro macilento y verdoso, que puede decirse caracterizaba á los Rodios. Las bebidas calientes son con todo utilisimas contra los achaques convulsivos, los de los riñones y vejiga, y tambien contra la gota, mortal enemiga con frecuencia de los que se propasan en el uso del vino.

Bébenlo, por razon de cristianos, los Armenios, mientras sus vecinos los Persas, á fuer de sectarios de Mahoma, se contentan con el agua; siendo resultado de tan contrarias costumbres acosar á los primeros el mal de piedra, que no conocen los segundos, como asegura Chardino (*Voyage en Perse*, t. v, páj. 298). (Véase asimismo á Roberg, *De calidæ potu*; Gebauer, *De potu calido liber*; y Vallisnieri, *Oper.*, tomo II, páj. 468.)

Siendo el uso de bebidas calientes frequentisimo en la China, y ya habitual en Europa, entre Ingleses, Holandeses, y entre los septentrionales sobre todo, hácese muy importante el exámen de su influjo sobre la constitucion de esos pueblos, y con especialidad del té y el café.

á un hombre ó animal con parsimonia de sustancias secas, duras, ahumadas, saladas, especiadas, ó astringentes y tónicas; no se le permita mas que parca bebida, y si puede ser acre y espirituosa, al efecto de encojer las fibras: verásele á buen seguro con el tiempo, flaco, pequeño y de órganos cerrados. Notabilísimo es por cierto encontrar bajo unos mismos paralelos, pequeños y ardientes los habitantes de los países donde está en auge el vino, asomando de otra raza sus confinantes, cuya comun bebida son los lacticinios, la cerveza, etc.: salta en verdad á los ojos la diferencia entre un Flamenco y un habitante del Longüedoque y la Provenza, dando aun de barato los efectos del clima; los gozquillos y doguillos de Bolonia, que se criaban para modelos, por decirlo así, de miniatura, se quedaban enanos, solo con darles á beber aguardiente cuando tiernos, y bañarles con el mismo espíritu, para acortar sus fibras y atajar su medro.

Las bebidas corren también parejas con la diversidad de los climas. No hay rejion donde no apezeque el hombre los licores, cuyo efecto es amodorrar los sentidos y dar con dulcísimas ilusiones nueva y encantada existencia. La tristeza, el tedio y los desconsuelos abruman no pocas veces al individuo, acósanle las zozobras, las desazones y amarguras, ó la angustiosa identidad; el desvarío es en tal estado preferible á todos los consejos del sabio.

Cuando avistamos los pueblos disparados en demanda de la embriaguez é ilusiones, y, por decirlo de una vez, de la existencia irracional, mientras

que aun los poquísimos que se dedican á cultivar su razon yacen exánimes á menudo tras los desbaranos sensuales, diríamos que la naturaleza antepone y pregona la vida animal sobre la del entendimiento. Considerando cierto filósofo la ignorancia en que nacíamos sumidos, el instinto que nos arrebató por la existencia material, y el sinnúmero de quebrantos que, á par de los agasajos, planteó en la sociedad el uso de la razon; no pudo menos de exclamar que *el hombre que piensa es un animal dañino*: la prueba sin embargo de no ser desencajado este ejercicio de social intelijencia, ofrécela aquel deseo innato, aquella voz jeneral de ilustracion que resuena donde se ve mas apiñada la sociedad, donde hay mas hombres. La subsistencia es la mas imperiosa necesidad del jénero humano; síguense despues los deleites, fuente de nuestra civilizacion y conocimientos, y fecundo oríjen de los vicios, de las desdichas y anticipado estermínio.

Si se abandonan algunos pueblos á la embriaguez, nadie les va en esto en zaga á los del norte. Síganse las distintas zonas desde la tórrida hasta el polo ártico, y veráse subir de punto, á proporcion del frio, la necesidad de bebidas espirituosas (1). En el me-

(1) Las rancherías bárbaras y salvajes se complacen en la embriaguez. Los antiguos Escitas recibían en piedras calientes el vapor del cáñamo abrasado. (Herodoto, lib. iv, cap. 69, 70 y 71; Maxim. Tirio, *Orat.* xiiii, 16) Desde remotos tiempos embriagábanse con la cerveza y aguamiel los Celtas y Teutones, y aguardaban igual bien andanza en el paraíso, si creemos á Pelloutier. (*Histoire des Celtes*, lib. ii, cap. xviii; Tácito, *Mor.*

diodia de Europa y de la India, repútase por lo comun la embriaguez vicio brutal y abominable, mientras es tenuta en mérito y casi por virtud en el norte. Ello es hasta cierto punto positivo que para entornar las fibras, que de lo contrario llegarían á entorpecerse, son necesarias en los países frios las bebidas espirituosas. El sistema nervioso de sus habitantes necesita el vaiven de la embriaguez para dar nueva vida y movimiento al corazón, mientras en las rejiones calurosas encuéntrase aquel en tal estado de tirantez, que no haría esta mas que aumentarla de un modo harto peligroso.

Sapientísima es pues la ley de Mahoma, Zoroastro y otros lejisladores orientales en lo que atañe á la prohibicion de bebidas espirituosas, recomendadas á impulsos de muy diferentes principios por Odino, antiguo lejislador del Norte. Suavizan por el contrario los meridionales su activa sensibilidad y el empuje de su sistema nervioso con el uso de narcóticos, el opio sobretodo, que consumen en cantidad inmensa. Aun mas: han descubierto ciertas bebidas que exhalan por el alma dulcísimo ca-

Germ., cap. xxii y xxiii). Engullen tambien que es gloria los Mogoles y Calmucos el *kumis*, ó sea, leche de yegua fermentada; los Jucagres y Kamtschadales se valen para embriagarse de hongos venenosos, puestos en infusion dentro del agua; con la raíz de cierta especie de pimiento, componen los isleños del mar del Sur zumo espirituoso, etc., etc.

Sabido es que se usan aun en Oriente el *asich* y el *bango*, y que á aquel se debe el nombre de *asesino*, puesto que beodos de *asich*, los hombres cometían asesinatos; lo propio debe decirse del opio entre los Malayos y otros Asiáticos.

lor, animando, sin descerrajar empero su sensibilidad, los sentidos que desalentara el ardor del clima: tales son el té entre los habitantes del Asia meridional, y el café entre los de la occidental. Entre las naciones polares, como los Samojedos, los Kamtschadales, los Ostíacos, y aun los Moscovitas de los alrededores de Arcangel y Petzora, úsase cierto licor parecido á la cerveza, donde ponen en infusion hongos venenosos (1). Produce su bebida extraordinaria agitacion, báquico furor, móvil de zambras y asesinatos. Dura á veces tres días, y desaparece acompañado de estremada postracion y vehementes vahidos. Asegúrase que la orina de esos embriagados conserva aun las espirituosas esencias, y es fama que la beben los domésticos, no quedándoles otro medio para desembarazarse por algun tiempo del uso de la razon.

Al empinar los Malayos alguna decoccion de opio, pónense furiosos y terribles; véseles dispararse con el puñal en la mano, hiriendo al primero que encuentran, y dando espantosos ahullidos, *amok*, *amok*: la compasion obliga á veces á matarlos. Dícenos Kempfer que le brindaron en Persia con un compuesto de opio que le ocasionó embriaguez en extremo voluptuosa, y como montase despues á caballo, creíase trasportado por los aires sobre el Pegaso, ciñéndole el arco iris, y respirando placer por todo su cuerpo. El bango y el tabaco embriagan asimismo; el uso de este último se ha jeneralizado es-

(1) *Agaricus muscarius*, segun Kraschenikoff, *Kamtschatka*, páj. 209.

traordinariamente en menos de dos siglos. Componen los Indios cierto vino con la savia de las palmas; del arroz estraen los Chinos una especie de cerveza, y otra del maiz los Americanos salvajes, etc.

El uso del vino es utilísimo en moderada dosis á los habitantes de las zonas templadas, puesto que entona mas y mas su sistema nervioso; usado con sobriedad, aguza el entendimiento y da nueva pujanza al alma, como lo acreditan los Griegos comparados con los Turcos sus vecinos. Ello es fuerza confesar que es dañino su abuso; encumbra empero los vuelos de la imaginacion, cuando le acompaña la templanza y no se aletarga á estilo de los musulmanes con el refuerzo del opio. Casi nos atreveríamos á decir que su precioso cultivo es una de las mayores causas de la civilizacion en Europa. Son en general tenidos por menos viciosos que los sobrios los pueblos dados al vino; los primeros son mas falsos y disimulados, y mas francos y denodados los segundos: constante y notabilísima diferencia entre los habitantes del norte y los del mediodía.

Es indudable que la pujanza ó flojedad de los distintos pueblos corre en razón de sus alimentos, ya varien estos por efecto del clima, ó bien respondan á su estado de civilizacion. Un Inglés, en efecto, ó un Europeo del norte, que engulle gordas tajadas de carne, será sin comparacion mas robusto que un Indio, cuyo alimento consista en arroz y dátiles; nunca una tribu ictiófaga de Nueva-Holanda podrá dar muestra del brio de los salvajes cazadores y carnívoros del Canadá. Una tribu errante, sin asomo

de agricultura ni propiedad territorial, no podrá jamás prometerse alimentos diarios y abundantes como las naciones á quienes no son desconocidos los dones de Cérés: no por otro motivo, ajenos del amor y de la reproduccion, bajo el riguroso cielo de los polos y entre los áridos y desiertos arenales del África, veránse salvajes y hambrientas tribus condenadas á la esterilidad, aborto del desamparo: podria su continencia llamarse carestía.

Preciso será pues no apreciar mas que en lo justo el decantado esfuerzo y robustez de los bravos, que tanto encarecieron algunos filósofos llevados de la admiracion que se granjea su vida independiente, libre y errante. Á buen seguro que los miembros esplayarian toda su pujanza fundamental, si fuese el alimento igualmente sustancioso y abundante; el hombre empero no puede componer un todo que se llame nacion ó pueblo, sin vivir de su trabajo: bástanles á duras penas la caza y la pesca á familias vagarosas por dilatados espacios, si no pueden contar con los vegetales nutritivos; ni aun los mas venturosos climas verán naciones florecientes y ricos barbechos, como no sacudan el aferrado yugo de los gobiernos despóticos, donde toda propiedad es presa de los tiranos.

Evidentísimos son estos principios, puesto que los naturales del norte en América son mas flojos que los Anglo-Americanos, ya se contrapongan meros individuos ó ejércitos cabales (1). Cuando el

(1) Volney. *Tabl. des Etats Unis d' Amer.*, tomo 1, páj, 447.

descubrimiento del Nuevo Mundo, eran en extremo flojos sus habitantes, puesto que comian muy poco (1). Dice Herrera (2) que mas trabaja un Negro de Guinea que cuatro Americanos, y confirmalo Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa (3). La flojedad de los Americanos era, segun Robertson (4), harto comun, y nacida de la constitucion de los individuos. Otro tanto puede decirse de los cazadores salvajes del Canadá (5). Los bravos de California y de la costa noroeste de América (6) son, segun La-Peyrouse, pequeños y flojos. Los naturales de la Tierra de Fuego son, en boca de Cook (7), menguados y contrahechos; los de las islas del mar del Sur, de la isla de Pascua (8), de los Leprosos (9), y aun los de Otaiti, son asimismo endebles, no obstante su alta estatura (10); lo propio puede decirse de los Indios

(1) Hernandez Oviedo, *Somo*, etc. páj. 51; *Hist.*, lib. III, cap. VI; Torquemada, *Monarq. ind.*, tomo I, páj. 580; Correal, *Viaj.*, tomo II, páj. 138; Lionel Waters, *New-Voyag.*, páj. 131; Simon, *Notice hist.*, páj. 41.

(2) *Hist. décad.*, tomo I, lib. IX, cap. V, páj. 297.

(3) *Obras*, páj. 4, verso.

(4) *Hist. d' Amerique*, tomo II, páj. 234.

(5) J. Long, *Voyage chez les sauvages d' Amér. sept.*, páj. 70; y Mackenzie, *Voyag. inter. de l' Amér. sept.*, tomo I, páj. 383, y tomo II, páj. 317.

(6) *Voyage*, tomo II, páj. 249 y 205; á *Chile*, tomo IV, páj. 36.

(7) *Segundo viaje*, tomo IV, páj. 33, etc.

(8) *Idem*, tomo III, páj. 207.

(9) *Idem*, tomo III, páj. 59.

(10) *Voyag. de Banks et Solander*, páj. 65.

del Archipiélago de los Amigos, de las islas de la Sociedad (1), de Nueva-Guinea (2) y Nueva-Zelandia (3); los esperimentos de Peron practicados con el dinamómetro manifiestan ser mas flojos los Diemeneses que los habitantes de Nueva-Holanda, y estos por su parte mas que los isleños de Timor, á quienes aventajan en mucho en robustez los Franceses é Ingleses. Dedúcese de tamaña progresion cuánto destronca el ambiente húmedo y cálido, mientras entona por el contrario el frio templado, á proporcion que da nuevo calor á los órganos nutritivos. Nótase en efecto constantemente que los bajeles que frecuentan los mares del norte se abastecen al doble que los destinados á rejiones cálidas.

Afirman muchos autores, en especial Montesquieu y Pauw, ser mas prolificos los hombres que se alimentan de pescado, bien por efecto de mayor cantidad, ó bien de la salumbre y la materia fosfórica que contienen los animales marinos, de los cuales muchísimos son reputados afrodisíacos (4). Escita fuera de esto su uso cierta comezon y enfermedades procedentes de irritacion en el cutis, que no es de estrañar se comuniquen por último á los órganos jenítales (5). No por otra causa, dejando aun

(1) Labillardiere, *Voyage. á la recherche de La Peyrouse*, tomo II, páj. 176.

(2) Jac. Lemaire, *Navig. aux terres austr.*, páj. 642.

(3) Cook, *segundo viaje*, tomo I, páj. 250.

(4) Ateneo, *Deipnos.*, lib. VIII, páj. 356, edic. Dalechamp; Dioscorid., *Mat. méd.*, lib. II, cap. XXVII; Pablo de Ejina, *De re medic.*, lib. III, cap. LXII; y Aécio, *Tetrabibl.*

(5) Lorry, *Morb. cutan.*, lib. II.

á parte las erupciones nacidas del uso de ciertos pescados y mariscos, amagan á los moradores de la Baja-Bretaña, á los Vizcaínos, y á todos los pueblos comarcanos del mar Báltico, la sarna, los hérpes y el escorbuto, lo propio que á los Escoceses del Lochaber, despues de sus abundantes pescas: sapientísima fué pues la prohibicion de los legisladores de Oriente en lo que atañe á los peces blandujos y faltos de escamas (1). Al uso del pescado deben en verano peligrosas calenturas, y una lepra ó hérpes en invierno, los habitantes de las Órcadas é islas de Feroé, los Noruegos, segun afirma Stroem, los Islandeses, como dice Boates, y los Kamtschadales, si damos crédito á Steller. En efecto, dicha sustancia aumenta mas la linfa que no renueva la sangre; produce principios flegmáticos, siendo de ver que los ictiófagos son de constitucion lánguida y floja, que son blandísimas sus carnes, y están además propensos á la indolencia, la anasarca, la elefancia, la lepra, las lombrices y el temperamento leucoflegmático. Muestran carácter afeminado y nada belicoso, menos pasiones y mas apocamiento que los demás hombres: de ningun modo convendria aquel réjimen á los trabajadores ni á los soldados, puesto que enjendra la flojedad (2); cúpole por tanto lugar esclusivo en los dias de penitencia y ayuno, y adóptase

(1) Moisés, *Levítico*, cap. xi; Plutarco; *Sympos.*, lib. viii, quest. viii; Herodoto, *Euterpe*.

(2) Columela, *De re rustica*, lib. viii, cap. xvi. Véase nuestro art. ICHTHYOPHAGIE, inserto en el *Dict. des sciences médic.*

tambien para los convalecientes, en razon de no alimentar como la carne (1).
Cae pues de su mismo peso no ser aquel tan restaurante como esta; ni se diga tampoco ser los ictiófagos mas prolíficos que los demás pueblos (2), puesto que únicamente lo son en apariencia: dirán que viven en eterna cuaresma los pueblos inmediatos al mar, los que ciñen la Nueva-Holanda, los isleños y los moradores de la Siberia mas boreal, de la Islandia, la Groenlandia y Kamtschatká, donde se agonizaria de continuo sin la pesca. En todos tiempos se han alimentado de pescados (3) los habitantes de las playas del golfo Pérsico y del mar Rojo, los de las orillas del Araxes y de la parte marítima de las provincias de Kerman y Mekran, como igualmente los Babilonios; en Mascata, segun Ovington, se alimenta con peces á los ganados; lo propio que en Islandia el ganado vacuno, caballar, etc., segun afirman Horrebows y Zorgdraager. Abundan de

(1) Galeno, *De Aliment. facult.*, lib. iii, cap. xxix. Por esta causa, llamaban afeminados los Rodios á los que comian pescado (Eliano, *Variar. histor.*, lib. i); lo propio decian los Romanos, cuando su vigor primitivo (Columela, lib. viii, cap. xvi); si es empero cierto lo que afirma Bacon de Verulam (*Histor. vit. et mortis*, en sus obras, Lond., 1740, fol., páj. 176), viven largo tiempo los ictiófagos (Hecquet, *Disp. de carême*, tomo 1, páj. 202.), puesto que se nutren de simples sustancias (Cheyne, *Sanit. infirm. tuend.*, páj. 51.).

(2) Forster, *Observ. sur le 2^e. Voyage de Cook*, tomo v, páj. 277, compruébalo con ejemplos.

(3) Herodoto, lib. iii; Diodoro Sículo, lib. iii, cap. xvi; Nearco, *Peripleo*; Estrabon, *Geogr.*, lib. xv y xvi, etc.

tal suerte los pescados en los rios de la Siberia y en los lagos de Suecia y Noruega, que sirven en vez de estiércol para abonar las tierras, tras de saciar con ellos completamente los animales terrestres: afortunado recobro en cierto modo de la esterilidad del suelo bajo tan rigurosos climas.

Los habitantes del norte deben al régimen animal hermosa y alta estatura al par de forzada pujanza (1): los vegetales, al contrario, presentan á los meridionales blandos, endebles y mimados. Nótase asimismo que el uso de la carne y grasas da á la piel un viso pardo; mientras lo ofrece mas subido el régimen vegetal. Es indudable que el uso del aguardiente y demás licores espirituosos ataja los medros, acorta las fibras, es por lo común contrario á la fecundidad, y predispone á una vejez anticipada.

ARTICULO TERCERO.

DEJENERACIONES Y ENFERMEDADES PECULIARES AL HOMBRE.

Si viviésemos sin apartarnos un ápice de nuestro natural estado ni estrellarnos con el instinto, árbítro, al parecer, de nuestra existencia, seríamos sobrios, contenidos y sanos, en razon de que los

(1) Ofrecian asimismo aventajada estatura los antiguos Jermános, Bretones, Galos y Burguiñones, en extremo carnívoros. (Véase á Cesar, *Bell. gallic.*, lib. I, cap. xxxix; Pomponio Mela, *de situ orb.*, lib. III, cap. III; Tácito, *Mor. German.*, cap. xxxv; Zimmermann, *Zool., geogr.*, páj. 79.) Los desconmunes Patagones son carnívoros.

irracionales que, mas que nosotros, obedecen el interior impulso de la naturaleza, casi nunca enferman, ó aciertan por sí mismos á curarse. La vida civilizada podria apellidarse doliente, y en verdad que, engolfados en su hervidero, andamos como á mancomunar nuestros apuros y reverterlos en los irracionales caseros.

Los temperamentos, ó llámense diversidades individuales, son efectos, á nuestro ver, del estado social y sus modificaciones, hijas de los distintos hábitos, mantenimientos y situaciones que trae consigo la civilizacion. En su estado bravío, sujetos siempre al influjo jeneral, no ofrecen los vegetales entre sí la menor diferencia: no de otra suerte los hombres salvajes, ó que mas se ahijan con la naturaleza, son todos parecidos, aun en rostro; arrollados en igual existencia, idénticos en sus dichas como en sus infortunios, y conservándose, por decirlo así, en un mismo nivel, son parecidos por esencia. Nótese de paso que se ven asimismo mas hombres iguales en pujanza en las repúblicas que bajo los gobiernos monárquicos, donde la humillacion y el desamparo de la mayor parte son el cimientto donde se entronizan el poderío y la opulencia.

Así es que no ofrecen los niños ni los viejos temperamento peculiar, pues unos y otros son esclavos de su edad respectiva.

Vese espuesto el hombre mas que los irracionales á mil enfermedades exantemáticas, como la peste, las viruelas, el sarampion y la escarlatina, las erup-